



LA MODERNA NIOBE.

Dios quebranta lo que no quiere doblegarse bajo su mano.—J. CATS.

A mediados de 1832, vivía en Amberes una viuda rica llamada Clotilde de Valburg. Como era de una notable hermosura y no carecía de eso que se ha convenido en llamar *sprit*, se creía—¡rara pretensión!—llamada excepcionalmente á gozar de todos los placeres y alegrías de este mundo. Como todas aquellas mujeres que han pensado de este modo, á Clotilde le causaban miedo los pensamientos serios y las generosas emociones, como si éstos fueran enemigos de una vida dulce y apacible; por el mismo motivo permanecía insensible á todo lo que no tocaba directamente á su felicidad, tal como ella la concebía. Un desgraciado era para la viuda un objeto de indiferencia, si no de aversión; para sus propios hijos no tenía, aunque éstos eran tan bellos como unos ángeles, esa viva afección maternal, último sentimiento que abandona al corazón de una mujer. Pero un vestido que no estuviera hecho á su gusto, la vista de una joya en el cuello de otra mujer, ú otra frivolidad cualquiera del mismo género, ejercían sobre ella tal influencia, que muchas veces se la hubiera creído víctima del más grande infortunio.

Se hallaba un día esta mujer en un salonci-

to de su espléndido palacio. Reecostada sobre un diván de damasco color de fuego, fijaba negligentemente los ojos en las páginas de una novela cuyas lecciones podían ser ó no morales. ¿Leía? Tal vez; pero quien la hubiera visto sin conocerla, hubiera podido creer que la indolencia la impedía abrir enteramente los ojos.

Todo en el saloncito revelaba la riqueza y los gustos frívolos de la que lo habitaba; la chimenea y las tablillas de las ventanas estaban cargadas de esos objetos frágiles cuyo uso es un enigma para los que los poseen como para los que sólo los ven, y que con más frecuencia no se diferencian de los juguetes de los niños, más que por su precio. La luz que penetraba á esta voluptuosa estancia, no era pura y viva como la luz del sol, porque al cruzar por los vaporosos cortinajes se trasformaba en un tinte rosado que daba á todos los objetos un matiz suave é indeciso. Este salón estaba, sin embargo, animado con la presencia de seis encantadores niños que, temiendo hacer el menor ruido, estaban sentados sobre la alfombra, ocupados en ver las pinturas de un libro de grandes dimensiones. No se atrevían á hablar ni á expresar su alegría ó su animación, más que por señas y gestos: sabían que al menor desorden, su madre los enviaría inmediatamente á otra habitación. El mayor de estos hermosos niños podía tener doce años, mientras que el más pequeño apenas contaría tres. Tres de estos niños eran hombres, y mujeres los otros tres; parecían amarse tiernamente, porque una dulce y cariñosa sonrisa iluminaba sus rostros, y sus manecitas se buscaban con frecuencia.

Muchas veces he visto escenas como ésta, reproducidas por el pincel: un grupo de niños hermosos como los ángeles, emblema de los placeres puros é inocentes. Sí: en estos rostros serenos que no han sido marchitados por ninguna inquietud; en estos cabellos rubios que la edad ni el trabajo han cambiado; en estos

bracitos y estos miembros delicados que los trabajos no han fatigado, que no han consumido los excesos..... sí, allí está la naturaleza humana con toda su frescura, encantadora y llena de vida, como las hojas y las flores con que comienza á sonreír la primavera!.....

¿Y creéis que la mirada de la madre se fija con preferencia en estos ángeles adorables, que en el libro de un escritor inmoral?..... No, su mirada no es para sus hijos..... Y sin embargo, su corazón no carece enteramente de sentimiento maternal; pero ocupan en él más lugar los encantos y las seducciones de la vida mundana.

Cerca de una hora hacía que estaba sentada en el diván, sin haber hecho ningún movimiento, cuando llamaron suavemente á la puerta. Un criado entró en el salón, y dijo inclinándose:

—Señora, desde hace algunos días ha venido cuatro veces una mujer que quiere veros. Yo la he despedido siempre..... parece una mujer del pueblo.....

—Has hecho bien, Pedro: que se me deje en paz; no estoy visible para tales gentes. Pero si M. Eugenio de Valenge se presenta, introducidle y mostraos muy deferente con él. Ya lo sabéis, es el joven que ayer me acompañó al volver del concierto.

El criado hizo con la cabeza una señal afirmativa, y replicó:

—Olvidaba deciros, señora, que la mujer de que os he acabado de hablar, espera vuestra contestación en la antecámara. Lloro que parte el corazón, y parece que quiere implorar una gracia de vuestra bondad.

La señora de Valburg se levantó del diván, y golpeó con su pié dos ó tres veces sobre la alfombra, manifestando una grande impaciencia. En seguida exclamó:

—¿No podré nunca descansar?..... ¿Y qué especie de mujer es esa? ¿Cómo se llama?

—Señora, está pobremente vestida, y se ha

hecho anunciar con el nombre de Carolina Soetveld: dice que es vuestra cuñada.

Apenas habían sido pronunciadas por el criado estas últimas palabras, la sangre afluyó violentamente al rostro de Madame de Valburg, quien, extendiendo luego imperiosamente la mano, respondió con cólera:

—Pedro, os he prohibido dejar entrar á esa mujer; id y decidle que no estoy en casa.

Pero apenas el criado había salido, cuando se oyeron en la antecámara gritos desesperados y como el ruido producido por una lucha. La puerta del salón se abrió de repente, y una mujer, joven aún, se precipitó en la estancia y fué á caer á los pies de Madame de Valburg. Esta enrojació de cólera ó de confusión, acaso de ambos sentimientos á la vez; levantó orgullosamente la cabeza y lanzó una mirada de menosprecio á la infortunada que tendía hacia ella sus manos suplicantes.

Madame de Valburg hizo una seña á sus hijos para que salieran de allí, después de lo cual, dijo volviéndose hacia la mujer arrodillada:

—Y bien, ¿qué significa esto?..... ¿á qué viene esta comedia?..... Decid pronto: ¿qué queréis de mí?

La joven dirigió una mirada suplicante á Madame de Valburg, y exclamó sollozando:

—¡Oh, señora, no me habléis así! Soy muy desgraciada y tengo una congoja mortal. ¡Tened piedad de una infortunada que implora de rodillas vuestro socorro!.....

La insensible Clotilde, dejando arrodillada á la pobre joven, se alejó de ella algunos pasos; volvió luego á tomar su libro, y respondió con fingida calma:

—No tengo tiempo para escuchar todas esas lamentaciones..... Si deseáis alguna cosa de mí, no es esta manera dramática de entrar en materia la que os llevará á vuestro objeto; pero ya que no es posible dajar de oír vuestra historia, seguid, y hacedla lo más breve que podáis. Fácil era ver que estas palabras, pronuncia-

das con un tono agrio, herían vivamente á la joven; pero sin duda un motivo secreto la obligaba á soportarlas, porque torcía sus brazos con angustia, y la expresión de su rostro parecía decir: ¡Dios mío! ¿es posible que pueda yo devorar esta afrenta!... En seguida se levantó, y dijo con una voz mal segura:

—Señora, una imperiosa necesidad me ha obligado á dar este paso, porque sé que los lazos de sangre que nos unen, son para vos más bien un motivo de odio que de afecto. Pero tened piedad de nosotros, ¡os lo suplico! ¡Salvadnos del deshonor y de la miseria! ¡No seáis insensible á mi ruego, y siempre bendeciré vuestro nombre!

Por toda respuesta Madame de Valburg tomó de la mesa una campanilla de plata y la agitó dos ó tres veces.

—Pedro, —dijo al criado que vino á recibir sus órdenes, —decid que enganchen mi carruaje.....

Y volviéndose hacia la llorosa joven:

—Mirad bien, —le dijo, —que si continuáis así, no tendré tiempo de escucharos hasta el fin. Una vez más, os pido que seáis breve.

Un ligero rubor, indicio de una sorda indignación, encendió las mejillas de la infortunada; pero se contuvo de nuevo, y dijo con voz rápida:

—Señora..... hermana mía..... Bien sabéis que aunque hemos vivido llenos de necesidades, nunca, hasta ahora, hemos acudido á vuestra ayuda; mi marido es activo, trabajador, y sabemos contentarnos con poco; pero hoy parece que nos ha abandonado la Providencia..... Dos años hace ya que mi marido perdió su empleo, y desde ese fatal acontecimiento hemos vivido de promesas y de esperanzas. Seis meses hace que hemos establecido un comercio en pequeño, y para esto hemos tomado á préstamo una suma importante; pero un hombre desleal nos ha engañado, y lo hemos perdido todo. Mi marido está preso por no haber podi-

do pagar una libranza; uno de mis hijos está en el hospital; nuestros muebles serán embarcados; pasado mañana seré arrojada de la casa en que vivo; no tengo ni dinero ni pan, y sufro por todos los seres que me pertenecen: por mi marido, cuyo honor está en peligro; por uno de mis hijos, que se muere en el hospital; por mi otro hijo, que en vano pide qué comer, á su madre, y que dentro de dos días tendrá, como yo, la calle por asilo y las piedras por lecho... ¡Oh, señora! ¿podéis olvidar en semejantes circunstancias, que vuestros hijos y los míos no son enteramente de diferente sangre? ¿podéis permitir que una madre, una mujer infortunada os deje, sin llevar ningún consuelo de vos, que sois madre también?.....

Madame de Valburg se sintió herida de que la joven la implorase haciendo mención del parentesco que las unía; vió en esto una injuria, y se sintió inflamada por la cólera.

—¿Y qué puedo hacer yo en todo eso?—preguntó con voz ruda.

—Señora,—respondió la pobre madre deshecha en lágrimas,—he aquí lo que imploro de vos: tened la bondad de prestarnos la suma de trescientos francos. Con este dinero, libro á mi marido de la prisión, saco á mi hijo del hospital, y pago la renta de nuestra casa..... Pensad lo mucho que os bendeciremos, á vos, que nos habréis salvado del abismo de la miseria y de la infamia que nos amenaza!.....

Durante algunos instantes la joven esperó con ansiedad las palabras que Madame de Valburg iba á pronunciar. Al fin ésta respondió:

—No tengo la costumbre de prestar dinero para hacer ingratos. Si vuestro marido no hubiera llevado en tanto tiempo una vida inútil, no estaríais en el estado en que os veis. No esperéis, pues, que yo emplee mi dinero en fomentar la holgazanería..... Podéis retiraros; ved vosotros mismos la manera de poder salvaros de la miseria en que habéis caído por vuestra propia falta. Si creéis que voy á hacerme

cargo de lo que habéis dicho, os engaños..... ¿No me habéis oído decirlo que os retiréis?..... ¡Esa es la puerta!.....

A estas insultantes palabras, la pobre mujer comenzó á verter un torrente de lágrimas: creyó que iba á ahogarse de dolor; mas repentinamente una noble cólera se apoderó de ella, y volviéndose hacia Madame Valburg, le dijo, irguiendo la cabeza:

—¡Ah, señora! No os bastó mandar á vuestros lacayos maltratar á una madre infortunada; era preciso que vuestra misma boca la insultara en su desgracia, y que acabárais por arrojarla á la puerta como á un perro!..... ¿Habéis, pues, olvidado vuestra propia historia? ¿No os acordáis ya que vuestro marido era mi hermano, y que la mitad de las riquezas de que gozáis me ha sido injustamente arrebatada? ¿Sabéis también, mujer orgullosa, que no poseéis nada en el mundo, y que no hacéis más que percibir las rentas de una fortuna á la que yo tengo más derecho que vos, y de la que no podéis consideraros heredera, porque en un momento inesperado puedo yo recobrarla?

Madame de Valburg que, aturrida con la rabia que sentía se había dejado caer en un asiento, se levantó vivamente, y exclamó con una voz temblorosa:

—¡Insolente! ¿Qué infame calumnia os atrevéis á proferir?

—¡Calumnia!—replicó la otra:—¡Calumnia!..... ¿El testamento de mi tío, no nos instituía sus herederos á mi hermano y á mí? ¿No habéis excitado á mi hermano con vuestros pérfidos consejos, á privarme de la parte que me pertenecía?..... Sí, así es como han pasado las cosas, y en los últimos días de la vida de mi tío, vos y mi hermano habéis tomado posesión de su casa y de sus bienes; habéis tenido valor para decir que él no quería verme, cuando ha muerto llamándome su hija querida..... ¿Qué mal no habréis dicho de mí, señora; qué calumnias no habréis acumulado sobre mi nom-

bre, para haber arrancado á mi excelente tío un segundo testamento y despojarme de todo lo que su cariño me destinaba?..... Oh! todo lo he sabido; porque he perdonado á mi hermano en su lecho de muerte, y me he reconciliado con él..... ¡Pobre hermano mío! ¡fué más débil que culpable!..... Vos sólo sois, señora, la que me habéis traídoramente robado, y el odio cruel que nos mostráis, es una alta prueba de ello!.....

El furor de Madame de Valburg llegó á su colmo, la sangre encendió sus mejillas, y su cólera estalló en amenazadoras invectivas:

—¡Cómo! ¿Despojaros..... á vos?..... ¡Qué insolente sois!..... ¡Salid al instante de mi casa, ó hago, como lo habéis dicho, que os arrojen á la puerta como á un perro!..... ¡Y os atrevéis á venir á manchar mi casa con vuestras calumniadoras acusaciones!..... ¡Salid, os digo; de grado ó por fuerza, este campanillazo os hará dejar este lugar!.....

—Callaos,—exclamó la joven con dignidad tranquila;—no añadáis la violencia á la injuria. Y no creáis que pienso arrancaros con mis reproches lo que habéis rehusado á mis súplicas, no: podéis arrojar delante de mí montones de oro, que yo no tocaré porque se mancharían mis manos..... ¡Guardad vuestro dinero y vuestros vicios!..... Yo sufriré; pero en mis dolores, tendré á lo menos la satisfacción de poderme estimar mejor y más grande que una noble dama que no ha mirado un crimen en sumergir á toda una familia en la miseria!.....

Madame de Valburg no se sintió capaz de responder á los reproches de su acusadora; solamente la expresión de sus ojos revelaba su reconcentrada rabia. No obstante esto, no se atrevió á sonar la campanilla por el temor de provocar un escándalo más grande, y siguió escuchando á la joven.

—No olvidéis,—decía ésta,—no olvidéis los términos del testamento de mi tío: todos sus

bienes, que hoy veis como el porvenir de vuestros hijos, volverán á los míos, si los vuestros mueren primero. Así es que, si Dios quisiera, aun podría yo, viviendo vos, poseer vuestras riquezas.

A estas palabras, una sonrisa de ironía se dibujó en los labios de Madame de Valburg, como si se viera libre de un gran peso, y con voz firme exclamó:

—Mujer, perdéis la cabeza; no tenéis, en verdad, sentido común, y ahora que lo conozco, os perdono vuestras locas injurias. ¿Esperáis, pues, en vuestro extravío, que vuestros miserables hijos puedan vivir más largo tiempo que los míos, que gozan de una bella y floreciente salud?..... ¡Eso es disparatar!.....

—Señora,—respondió la infortunada madre:—el que lee en el fondo de los corazones, allí ve mis deseos, y sabe que yo cometería un crimen imperdonable en desear la muerte de alguno de vuestros queridos é inocentes niños. Oh! no: que el cielo os conserve una numerosa posteridad. ¿Pero creéis imposible, señora, que Dios haga justicia á los ricos y los felices de este mundo, así como la hace á los desgraciados?..... Mas no temáis nada por vuestros hijos. ¿No los amáis con toda el alma?... Yo, pobre madre como soy, con frecuencia he visto llena de terror, enfermos y agonizantes á mis dos hijos, porque tengo miedo al azote que el cielo nos ha enviado, la terrible peste que se extiende sobre la tierra como un inmenso sudario.....

Madame de Valburg se había calmado desde que la joven había cesado en sus acusaciones, y respondió con tono burlón:

—Vosotros los que tenéis miedo, los que sois pobres de espíritu, habláis siempre de Dios. Acaso el hacer esto, es para vosotros un fácil consuelo; pero en el fondo, no cambia eso en nada las cosas. Mis hijos, creedlo, no morirán pronto.

—¡Señora!—exclamó la otra con exaltación;

mas reponiéndose luego, continuó así:—Hermana mía, no blasfeméis de Dios. Hace pocos meses vivían muchas familias, de las que la peste ha hecho desaparecer hasta el nombre.

El acento profético de estas palabras causó un profunda impresión en Madame de Valburg, que palideció y dijo con voz llena de emoción:

—¿Cuál peste?..... ¿Qué queréis decir?.....

—¡Oh, señora! Vuestros hijos no tienen mucha parte en vuestros afectos, porque si la tuvieran, ya muchas veces los hubiérais ocultado entre vuestros brazos para preservarlos, si así fuera posible, del cólera.....

Un temblor repentino recorrió todo el cuerpo de Madame de Valburg, en cuyo rostro aparecieron visibles muestras de espanto; pero bien pronto, como si se hubiera sentido avergonzada de una emoción que consideraba como un signo de debilidad, se repuso; después, mostrando la puerta y agitando la campanilla, dijo:

—Os lo pregunto por última vez..... ¿queréis, ó no, salir de mi casa?..... Estoy cansada de oír vuestras lamentaciones, y os ruego que os retiréis, si no queréis que os arrojen de aquí. Y no volváis nunca, porque mi puerta estará cerrada para vos.....

—Sí, me voy, señora..... ¡adiós, y no olvidéis mis palabras!.....

Y la joven salió de allí meditabunda y triste.

Cuando Madame de Valburg se vió sola, no pudo, por más asfuerzos que hizo, arrojar de su espíritu la atormentadora idea del cólera; las palabras de la joven resonaban aún una á una en sus oídos, y la hicieron esta vez sumergirse en profundas reflexiones. A pocos momentos llamó con la campanilla, pero viendo que el criado no había acudido al primer llamamiento, llamó por segunda vez. Al fin apareció Pedro; pero tan extraña era su actitud, su rostro estaba tan pálido y sus movimientos eran tan temerosos, que al verlo Madame de Valburg arrojó un grito y exclamó:

—¡Oh, Pedro! ¿Qué pasa? ¿por qué estáis tan pálido?

—Señora,—respondió el criado con voz triste,—no tengo ánimo para deciros la desgracia que nos amenaza.....

—Hablad, Pedro, hablad pronto, os lo mando!—dijo Madame de Valburg interrumpiéndolo.

—Señora, el cólera está aquí cerca, en casa de M. Tesseniers: ya su hijo Victor ha muerto..... ¡y esta mañana lo he visto bueno, me ha saludado!.....

Esta horrible noticia arrancó todas las ideas mundanas del corazón de Madame de Valburg, en quien el amor maternal despertó de súbito, apoderándose de ella enteramente: juntó entonces ambas manos y exclamó:

—¡Oh, Dios mío, mis hijos!..... Pronto, Pedro, traedme mis hijos..... Haced venir aquí á la criada que cuida de ellos y á la camarista.

—Señora,—respondió el criado con más tristeza aún,—vuestros hijos se hallan en el jardín, y parece que están perfectamente; voy á traerlos. Pero en cuanto á vuestras criadas, debo deciros que de tal manera las ha aterrorizado la cocinera con sus lamentos, que sería inútil ir en su busca: todas han huído de vuestra casa.....

Fácilmente se comprenderá el dolor y la cólera que sintió Madame de Valburg al verse privada de los servicios á que estaba acostumbrada; sin embargo, el pensamiento de que sus hijos no habían sido atacados por el cólera, le dió valor. Los niños entraron dando brincos en el salón, felices de que su madre los hubiera llamado; pronto desaparecieron con sus caricias las sombras de tristeza que cubrían la frente de Madame de Valburg. Esta, sin embargo, había notado que el mayor de sus hijos había sido el último en llegar, lo que no tenía por costumbre, pues siempre llegaba el primero. Madame de Valburg estrechó á sus hijos entre sus brazos con un arrebato de amor que no había

conocido hasta entonces; y no fué sino más tarde cuando fijó su atención en el mayor de los niños, advirtiéndole que una palidez repentina se había extendido por el rostro de éste. Un horrible presentimiento la hizo estremecer.

—¿Estás enfermo, mi querido hijo?—le preguntó.

—No, mamá,—respondió el niño;—pero mis oídos parece que silban..... veo muchas luces delante de mí..... Ah!..... ¡estoy sufriendo mucho!.....

Madame de Valburg se levantó, y corriendo como loca, llamó al criado, que acudió inmediatamente.

—Pedro,—le dijo,—Enrique tiene el cólera..... Pronto, id á buscar un médico..... Enviad aquí todos los que encontréis; sobre todo, no olvidéis á M. Schippers. Buscadme también una mujer..... ¡Oh, Pedro!..... os lo ruego, corred cuanto podáis, que no os dejaré sin recompensa.

El criado desapareció, y Madame de Valburg volvió al lado de su hijo. Mas ¡qué dolorosa exclamación se escapó de su pecho, semejante á un grito de muerte! El mayor de sus hijos estaba tendido en el suelo: sus miembros se retorcan y crujían como si fueran á romperse; sus pies se agitaban convulsivamente, y sus ojos, profundamente hundidos, le daban el aspecto de un cadáver viviente.

Quien hubiera visto á aquella madre arrojarse sobre su hijo y bañar con sus lágrimas el semblante desfigurado del pobre niño; quien la hubiera visto oprimir con sus labios aquellos labios amoratados, y esforzarse por transmitir una parte de su alma en aquel cuerpecito que sufría; quien la hubiera visto levantarse loca de desesperación y correr, con su hijo enfermo en los brazos, al rededor del salón, como queriendo escapar de la persecución de la muerte; y si hubiera oído los gritos lúgubres y salvajes que resonaban en aquella habitación, hubiera dado seguramente la mitad de su vida por salvar á

aquella mujer de sus angustias mortales. Pero no siempre el amor de una madre es un fuerte escudo contra los golpes de la muerte. El niño quedó helado en los maternales brazos que lo estrechaban con pasión; sus mejillas se hundieron profundamente; sus deditos se arrugaron como si hubieran sufrido una quemadura violenta, y sus ojos se empañaron. Sin embargo, no había perdido el aliento ni la inteligencia, porque en medio de sus sufrimientos respondía con caricias al amor de su madre, y exclamaba con una voz vibrante como el cristal:

—¡Aguá!..... ¡aguá!..... ¡tengo sed!

La desconsolada madre corrió á la cocina con su hijo en los brazos y le dió el primer líquido que encontró á la mano; después volvió al salón, en donde la esperaba un dolor más terrible. En su extravío no había oído los gritos lastimeros de sus hijos: no bien los había rechazado, cuando habían corrido de nuevo hacia ella y se habían agarrado á sus vestidos. A Madame de Valburg le parecía que un espectro la perseguía y quería apoderarse de su hijo, y el contacto sólo de sus otros niños la causaba un calosfrío de terror. Sintiendo ya agotadas las fuerzas, se dejó caer sobre la alfombra con su preciosa carga, y ambos quedaron allí, no sin conocimiento, pero sí sin movimiento alguno. Una de las niñas se aproximó entonces á su madre, y dijo con una voz que era más bien un gemido:

—¡Oh, mamá!..... los oídos me zumban..... ¡yo también estoy mal!.....

Madame de Valburg fijó sobre su hija una dolorosa mirada, pasó los brazos al rededor del cuerpo de la niña, la atrajo sobre su pecho, y quedó anonadada entre sus dos hijos enfermos. Los otros se agruparon estrechando á su madre, vertiendo lágrimas y lanzando lastimeros sollozos.

En ese momento apareció á la puerta del salón un hombre vestido de negro: su aparición pareció la llegada de un mensajero de la muer-

te. A la vista de aquella lúgubre escena, el recién llegado inclinó la cabeza, y enjugando dos lágrimas que asomaron á sus ojos,

—¡Desventurados!—murmuró suspirando.

Al oír esta voz Madame de Valburg pareció despertarse; se levantó, y corriendo hacia el médico, cayó de rodillas delante de él, tendió sus manos suplicantes, y exclamó vertiendo un torrente de lágrimas:

—¡Oh, M. Schippers, apiadaos de mí!..... ¡Por el amor de Dios, salvadles de la muerte!..... Mirad, me arrastro á vuestras rodillas, beso el polvo de vuestros pies como una esclava..... Oh! decidme: ¿es verdad que salvaréis á mis hijos?

El médico se apresuró á levantarla, y rodeando con sus brazos el cuello de Madame de Valburg, lleno de emoción, y como para probarle su cariño, permaneció así un momento: una viva compasión lo agitaba y lo ponía también fuera de sí. Fijó sus ojos en los de la viuda, sin poder hablar ni una sola palabra; pero recobrando su valor, se aproximó á los dos niños enfermos.

—¡Pobre madre!—dijo:—me hacéis llorar cuando tengo necesidad de toda mi sangre fría. Tranquilizaos, el mal no es quizás tan grave como os lo imagináis; esta enfermedad es peligrosa, pero no siempre mortal; y por terrible que sea el estado de vuestros dos niños, me quedan todavía algunas esperanzas.

En este momento el criado entró en el salón en compañía de otro médico. M. Schippers dijo al primero:

—Pedro, conducid á vuestra señora y sus cuatro hijos que están buenos, á otra pieza, lo mas lejos posible de esta..... Señora, esta medida es necesaria..... Id, y no os abandonéis demasiado á vuestros dolores, porque esto podría ejercer una mala influencia sobre vuestros hijos.

Cuando el criado quiso ejecutar la orden del médico y dijo á Madame de Valburg que es-

taba pronto á acompañarla, corrió ésta hacia sus hijos enfermos, los abrazó gimiendo, y exclamó con una voz desgarradora:

—¡Eugenio!..... ¡Virginia!..... ¡adiós para siempre!..... ¡Dios mío, ya no los veré más!...

Vaciló entonces, y hubiera caído, si no la hubiera recibido el criado en sus brazos, llevándola en seguida á otra habitación. Ya en ésta, se dejó caer como inanimada sobre un sillón, inclinó la cabeza sobre su pecho, y no volvió á hacer ningún movimiento, sino para asegurarse algunas veces con la mano, de que sus hijos estaban siempre á su lado. El criado la había dejado para ir á ayudar á los médicos; pero éstos le volvieron á enviar al lado de Madame de Valburg. Se aproximó entonces dulcemente á su señora y separó de ella á la mayor de las niñas, que ya tenía las señales de la enfermedad: se retiró andando sobre las puntas de los pies como un ladrón, esforzándose en no llamar la atención de la madre; pero esto fué en vano. Abrió ella los ojos, lanzó un grito desgarrador, y levantándose violentamente, alcanzó al criado y arrancó de los brazos de éste á la niña.

—¡Clotilde!—exclamó mirando con ojos extraviados á su hija:—Clotilde, mi adorada hija..... tú también quieres abandonarme!..... Oh! yo te libraré de la muerte!.....

Mas sintiendo los movimientos convulsivos de la niña, y viendo que sus ojos se hundían.

—¡Clotilde!—murmuró con el más profundo abatimiento:—¡mira aún otra vez á tu madre, mi pobre hija!..... ah! ¡tú también me dejas, tú en quien yo me he visto retratada!..... ¡Ay de mí! ¡así lo quiere Dios!..... Tomad, Pedro: aquí tenéis mi más querido tesoro!.....

Y volvió al sillón, cayendo en él pesadamente, y prorrumpiendo en amargos sollozos. Después de haber permanecido inmóvil un instante, anonadada, con la mirada fija, pareció volver á la vida, y un transporte interior agitó visiblemente su alma. Repentinamente se levanta-

tó, y fué á caer de rodillas, elevando las manos al cielo. La ardiente oración que murmuraron sus labios fué apenas perceptible: las palabras perdón, gracia, vanidad, pecado, se oían mezcladas con sus gemidos. En esos momentos se parecía á la Magdalena arrepentida, y vertía lágrimas de sangre sobre los errores de su vida pasada. Esta oración, esta confesión directamente dirigida á Dios, duró muy largo rato. Al fin se levantó, sufriendo todavía, pero algo más tranquila, y llamó en alta voz al criado, que acudió al instante.

—Pedro,—le dijo,—¿cómo están Eugenia, Virginia y Clotilde? Hablad, amigo mío, no me ocultéis la verdad.

Por única respuesta el criado derramó un torrente de lágrimas.

—¡Basta!—exclamó Madame de Valburg con voz sorda:—comprendo vuestro dolor..... ¡Dios lo quiere!..... Hace un instante que al fin he podido someterme á su voluntad soberana. ¡Ojalá pueda yo por este acto de sumisión, merecer su gracia y su misericordia!..... Pero ¡ay! lo presiento, la prueba no ha concluído..... Pedro, amigo mío, os ruego que inmediatamente vayáis con mi administrador: decidle que hoy mismo pague la libranza de M. Soeteveld, que está preso. Tomad también esta bolsa, que contiene algunas piezas de oro: llevadla á Madame Soeteveld, mi cuñada, la que estuvo aquí esta mañana; decidle mi desgracia y mis sufrimientos: ella no rehusará..... la conozco bien.....

El criado tomó la bolsa y desapareció.

Consolada al parecer por la oración, Madame de Valburg se aproximó á los tres niños que le quedaban, y los observó con atención alternativamente. Ningún cambio notó en sus semblantes, y empezó á cubrirlos de besos y caricias con una expresión que hacía traición al extravío á que la había llevado su dolor: se hubiera creído que una loca alegría había disipado repentinamente de su corazón la tristeza. Pero ¡cuán poco debía durar esta alegría! Mientras

que sentada sobre el sillón contemplaba á sus hijos con una voluptuosidad maternal, el terrible cólera había ya escogido allí otra inocente víctima. De repente el pequeño Federico cayó al suelo como una masa de plomo, y con el estertor en su aliento, se agitó en horribles convulsiones; sus pies azotaban el pavimento, y sus miembros se contraían con los más horrosos espasmos. Decir el dolor con que este espectáculo desgarró el corazón de la madre, sería cosa imposible; y difícilmente podrá comprenderse que una mujer pueda soportar estas incesantes torturas, si no se supiera que hay sacudidas y agitaciones que cuando son repetidas, acaban por agotar la sensibilidad nerviosa. Durante algunos instantes Madame de Valburg contempló á su hijo que se arrastraba por el suelo y se carcomía las puntas de los dedos. Inmóvil y como petrificada permaneció aquella angustiada madre. Repentinamente se precipitó sobre su hijo, y apoderándose de él, corrió al salón donde se encontraban los médicos. Al llegar allí, dejó escapar un doloroso grito, y sin soltar á su hijo, cayó sin sentido sobre la alfombra. ¡Pobre madre! Con una rápida mirada había visto los cadáveres de su Eugenio, de su Virginia, de su Clotilde.

Cuando, largo rato después, recobró el sentido, se encontró en el salón y sobre el mismo sillón en que antes había estado. Una joven tenía asida una de sus manos y con tierna solicitud se esforzaba en volverla á la vida. Madame de Valburg miró con ojos extraviados por toda la habitación, y trató de reunir sus recuerdos; al ver á su lado los dos hijos que le quedaban, dijo á la joven con una energía que fué creciendo por grados.

—Carolina, yo he sido culpable con vos; sí, culpable de crueldad y de injusticia. Vuestras palabras han sido una predicción; ya lo veis; soy desgraciada, estoy abandonada. El Señor me ha visitado, y me ha herido en todo lo que me es más querido. Espero, sin embargo, que

no me dejará sola sobre la tierra: tal vez, en su bondad, me conceda la vida de uno de mis hijos; pero para esto tengo necesidad de vuestro perdón..... ¡Oh, hermana mía! la venda que me cegaba ha caído..... Decid, ¿me perdonáis el mal que os he hecho?

La joven, que lloraba enternecida, respondió con una voz sollozante:

—¡Oh, señora..... mucho he pedido á Dios por vos y por vuestros hijos; mucho tiempo hace que os he perdonado: comprendo vuestro dolor, vuestras angustias, porque yo también soy madre y amo á los hijos de mi hermano como á los míos..... No, no quiero abandonaros antes de que hayamos salvado á aquellos que puedan ser salvados aún; ambas lloraremos y rezaremos unidas, y acaso el Todopoderoso hará descender sobre nosotros su misericordia. Sí, lo presiento, aún tendréis la felicidad de volver á ver la sonrisa de aquellos por quienes tembláis.

—¡Oh, Carolinal! ¿podiera yo deciros por segunda vez la verdad!..... ¿No veis cómo mi Regina está ya pálida?..... Mas escuchadme sin interrumpirme: Yo no he obrado lealmente con vos, Carolina; es verdad, os he arrebatado la herencia de vuestro tío; he sido una mujer cruel, vana, orgullosa..... ¡el orgullo me había cegado!..... pero la desgracia ha desvanecido con un irresistible poder las tinieblas en que yo estaba sumergida; no soy más que lo que he sido, y hoy sería una felicidad para mí si quisierais darme sinceramente el nombre de hermana. Ahora comprendo también el poder de Dios y los consuelos de la oración; pero no basta todo esto á mi reconciliación con el que me ha castigado..... No puedo volveros los bienes de que os he despojado, porque mis hijos los han recibido por herencia; pero yo les haré conocer que no son los legítimos dueños, y les haré considerar la restitución de esta fortuna como una religiosa obligación. En cuan-

to á mí, desde hoy os declaro que la mitad de mis rentas os pertenece.....

—Oh! ...¡yo no la quiero!—exclamó la joven.

—Os juro delante de Dios,—replicó Madame de Valburg,—que no tocaré más la parte de que me he apropiado injustamente; y os ruego, Carolina, hermana mía, que no rehuséis..... ¿Queréis con vuestra negativa dar más creces á mi dolor?..... Oh! si no imploro de rodillas vuestro consentimiento, es que no tengo fuerzas para hacerlo..... Hablad, Carolina, hablad..... ¿No me respondéis?..... ¡Cuánto cuesta á vuestro generoso corazón aceptar mi ofrecimiento!..... Y bien, no me digáis nada, dadme solamente un beso de perdón y reconciliación, y que Dios sea testigo de que así lo quiero y del consuelo que vais á derramar en mi alma.....

Las dos mujeres se abrazaron estrechamente, y permanecieron así por muy largo rato.

Esta escena tenía algo de sublime: parecía que el cielo había descendido á la tierra.....

*

Algunos días después, dos mujeres atravesaban con paso lento por una de las principales calles. Una de ellas estaba extremadamente pálida y vestida de luto; la otra parecía más joven y menos aflijida. Un niño iba entre ellas, dándoles la mano: entraron á la catedral y se dirigieron á la capilla de la Santa Cruz, situada detrás del altar mayor. La mujer pálida hizo arrodillar al niño ante el altar, al pie del Crucifijo; juntó sus manecitas, y le dijo con voz llena de tristeza:

—Ruega á Dios, Gustavo, ruega por las almas de tus hermanos, y dale gracias porque te ha conservado al lado de tu madre.....

El niño obedeció religiosamente, inclinó la cabeza con piadosa actitud, y dijo con una voz dulce y conmovedora:

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.....!